

CASTORE y VINCENT PY

descubriendo cimas alpinas



■ Linskamm, Corno Negro, Ludwigshöhe, Balmernhorn y Parrotspitze desde la Vincent Pyramide



Texto y fotos
Joana García Romero

Joana García Romero (San Gregorio, Gerona, 1971). Naturópata, especializada en nutrición y nutrición deportiva. Practica senderismo, escalada en roca y en hielo, BTT, etc. Ha recorrido cimas y cresteríos en Pirineos y en Alpes, donde cultiva otra de sus aficiones, la fotografía. Escribe en www.nacisteconalpas.es

CASTORE 4228 m

Sin duda, esta será una ascensión que dejará una profunda huella en mi corazón. Recuerdo en 2005, cuando vi el glaciar de Monte Perdido por primera vez, la emoción que me produjo. Nunca había hecho nada en la montaña, salvo pasar el fin de semana bañándome en el río con mi familia cuando era una cría. Recuerdo aquellos documentales de "Al filo de lo imposible" que veía por la tele, ojiplática y con la boca abierta. Nunca imaginé que algún día podría hacer algo parecido, parecido me refiero a subir alguna montaña. Mi vida desde

Es la primera vez que nos aventuramos fuera de nuestros muy conocidos Pirineos. Buscamos rutas asequibles para nuestro nivel medio en la montaña. Pasamos muchas horas en casa mirando mapas, fotografías, reseñas, tracks, calculando tiempos y desniveles. Hemos escogido estas rutas por ser sencillas, técnicamente hablando, no hay que olvidar que se desarrollan en altitud y a partir de los 3500 metros el cuerpo reacciona de la manera más inesperada.

entonces ha dado un giro increíble. Puedo decir que la montaña ha sido el camino que me ha permitido experimentar lo que es la felicidad.

Después de llegar a Gressoney la Trinité, nos acercamos a Stafal para informarnos del horario del telecabina que sube al collado de Bettaforca (2672 m), desde donde partiremos al refugio Quintino Sella (3585 m). El sendero que lleva al refugio está muy bien señalizado con marcas de pintura. Para ese día son 900 m de desnivel y 4,2 km de distancia. No tiene más dificultad que la altitud, que se va notando cada vez más. El tramo más complicado es una arista aérea, equipada con una maroma para cuando el terreno esté helado. Hemos llegado al refugio, el ambiente es muy alpino. Los nervios se apoderan de mí, me cuesta cenar y paso una noche pésima.

El Cervino ya hace acto de presencia. Los Lyskamm nos observan, me llenan los ojos

A la mañana siguiente, aunque estoy asustada, tengo ganas de ponerme en marcha, no sabría explicarlo, es una mezcla de emociones muy dispar. Nos encordamos a las puertas del refugio y emprendemos la marcha. El día amanece radiante, tal y como habían anunciado, con el cielo de un azul bellissimo. Nada más empezar a andar, el corazón se me sale por la boca. Voy a tener que concentrarme si quiero ir a algún lado. Seguimos la huella claramente marcada. Poco a poco vamos avanzando. Subimos lentamente mientras echamos la vista atrás para contemplar como todo va quedando abajo. Aunque el desnivel a la cima desde el refugio es poco (650 m), no puedo ir deprisa, pero es muy temprano y tenemos unas cuantas horas por delante, sin tener que preocuparnos por nada más que disfrutar de la actividad. Sólo nos separan 3,2 km de la cima. Empezamos a dejar las nubes a nuestros pies, el espectáculo es grandioso. Antes de hacer cima pasaremos por otras tres cumbres secundarias: Felikjoch (4093 m); Felikhorn (4174 m) y Castor antecima sureste (4194 m).

RAMIDE,



■ Valle de Lys

Paramos innumerables veces, lo que estoy viendo me supera, mis sentimientos están alborotados. Me siento pequeña, me siento grande. El Cervino ya hace acto de presencia. El mar de nubes lo adorna todo y hace que el cuadro sea más grandioso. Los Lyskamm nos observan, me llenan los ojos, ¡me he enamorado de ellos! De pronto despierto de mi sueño. Miro todo lo que me rodea. Respiro y parece que cada una de mis células sabe lo que está sucediendo y me lo gritan todas a una. Me doy la vuelta y veo a mi compañero esperando que reanude la marcha. No puedo detener mis lágrimas. Me abrazo a él y le digo si se da

cuenta de donde está, si está viendo todo, ¡como lo estoy viendo yo! No puedo creer que esté allí, en medio de esa arista tan condenadamente hermosa, no puedo creer que sean mis ojos los que estén viendo ese paisaje. Por un momento soy consciente del tiempo que ha pasado desde mi primera ascensión al Salvaguardia, de aquella visita al Balcón de Pineta, cuando también me emocioné al ver el Perdido. Estoy ahí, de pie, llorando como una niña con una inmensa alegría dentro de mi corazón a pocos metros de llegar a la cumbre de tan bonita montaña.

VINCENT PYRAMIDE 4215 m

Todavía con la euforia en el cuerpo, de vuelta del Castor, llegamos a Gressoney la Trinite en busca de algún lugar donde pasar la noche. Hemos consumido un día extra debido a la mala meteorología, solo nos dará tiempo de cenar en condiciones y dormir, para volver al día siguiente a Staffal y coger un par de remontes mecánicos que nos dejarán en Passo Salati. Los árboles dejan paso a la hierba y pronto llegamos a Passo Salati. Allí ya no hay vegetación, el terreno es aparentemente yermo, pedregoso. Cruzaremos un glaciar descarnado, el verano está bien entrado y se



■ Ascendiendo al refugio Gnifetti



■ Atravesando grietas

nota. Es un continuo trasiego de personas que vienen y van. Una vez atravesado, seguiremos el camino bien marcado que nos llevará al refugio. Algunos tramos de él equipados con cuerdas, maderas, cables... y también a modo de ferrata. Dejamos el refugio Mantova a la izquierda unos cuantos metros más abajo y nos disponemos a cruzar otro trocito de glaciar venido a menos. Delante de mí, a 3647 m, está el Capana Gnifetti, una pared casi vertical que separa el glaciar del refugio. Situado en un lugar imposible, ahí está, oteando todo lo que hay a sus pies. Para salvar la distancia, han equipado el paso a modo de vía ferrata añadiendo de esa manera un punto extra de emoción. Hoy el desnivel es algo menor, 730 m y 3,5 km de recorrido.

Ascenderemos por la cara oeste del Vincent Pyramide, al amparo de impresionantes seracs

Las vistas al valle y al glaciar de Lys son soberbias. Pese a la gran cantidad de gente, se respira un sosiego inusual, tal vez lo extraordinario del lugar imprime una nota de serenidad que hace que nos movamos de forma silenciosa. La jornada del día siguiente no se prevé tan sosegada. Cielos despejados en la madrugada darán paso a nubes y vientos fuertes que harán del día una experiencia desapacible y fría. Unos 600 metros y 2,2 km nos separan de nuestro objetivo. Nos

levantamos con las primeras luces. Nos encordamos y seguimos la marcadísima huella.

Ascenderemos por la cara oeste del Vincent Pyramide, al amparo de impresionantes seracs. Se nos pueden caer encima en cualquier momento... No vuelvo a pensar más en el asunto hasta que veo las descomunales grietas que debemos cruzar. Aunque la ascensión no entraña dificultad técnica, el entorno es hostil y hace que te sientas como un ratoncito en un inmenso camino lleno de trampas. 4215 m, estamos en la cima del Vincent Pyramide, el tiempo justo de hacer unas fotos y marcharnos. El viento ha arreciado y la sensación térmica hace que la ropa que llevamos nos sepa a muy poco. Nos acompañan impresionantes vistas del Lynskamm, del Corno Negro, del Ludwigshöhe y del Parrotspitze, también del Balmenhorn. De nuevo en el refugio, solo nos queda desandar lo andado para regresar a Gressoney la Trinite, descansar y repasar las notas para la actividad de los siguientes días. Una sensación de alivio mezclada con tristeza. Alivio por salir de allí, pena por tener que dejar atrás algo que grita continuamente: quédate.

Participantes:

Luis Dorado y Joana García

Cartografía:

SwissTopo (Gressoney) y Val d'Ayas.
Val di Gressoney Monte Rosa. 1:25000
(Editorial l'Excursionista)